

Bibliografía

SOCIOLOGIA Y POLITICA DE LA CIENCIA

The Scientist's Role in Society, Joseph Ben David, Prentice Hall, New Jersey, 1971, *Ciencia y Política*, Jean-Jacques Salomon, Siglo XXI Editores, México, 1974, 277 páginas.

Trátase de dos obras que habrán de interesar vivamente a aquellos que siguen con atención y angustia el desenvolvimiento del quehacer científico en diversos tipos de sociedad. Ambos autores parten de premisas relativamente conocidas, pero bien pronto ponen en entredicho lo que parecían aceptar y lo que ordinariamente se acepta. Y esto no es poco.

El texto de Ben David comprende nueve capítulos, en los que presenta una visión sociológica de la ciencia en contextos históricos desiguales (Grecia, Europa medieval, la Inglaterra del siglo XVII, la Francia de la Revolución, y el escenario alemán y norteamericano del siglo pasado y del presente). En este examen se ponen de relieve las tres preocupaciones básicas del autor: *i)* ¿bajo qué condiciones sociales germina el hombre de ciencia?, *ii)* ¿cuáles son los determinantes de la continua

acumulación del saber especializado?, *iii)* ¿cuáles son los esquemas que favorecen sensiblemente el trabajo de investigación?

Los climas sociales que estimulan o desalientan la actividad científica son disímiles; el contexto histórico y el encuadramiento organizativo en que se inserta los afectan marcadamente. Ben David —dígase de inmediato— en modo alguno postula una relación mecanicista entre estructura social y ciencia. Al contrario, insiste en que ésta tiene un margen propio de maniobra que, bajo ciertas circunstancias, le permite protegerse de presiones externas que pretenden destruirla. Más aún: la ciencia contemporánea posee la aptitud para establecer alianzas convenientes con los centros de poder.

Para Ben David, el florecimiento de la ciencia demanda un conjunto de requisitos (pp. 21 ss. y 169 ss.) que ordinariamente no se presentan. Explicar la presencia de la actividad científica en una cultura determinada es más difícil que justificar su ausencia. Implica, por una parte, la existencia de un grupo selecto obsesionado por una estructura cognoscitiva que pretende bucear en los enigmas de la naturaleza, en conflicto con los valores tradicionalmente aceptados; esta búsqueda se ve

socialmente apoyada por una inclinación dominante hacia la racionalidad y el cambio. Por otra parte, estas inquietudes cristalizan en esquemas organizativos que traducen la irreverente curiosidad de los científicos en innovaciones que la colectividad desea y aprovecha. La continuidad de estas orientaciones y esquemas —a despecho de las resistencias que produce— favorece la transmisión del conocimiento científico a través del tiempo y de las barreras nacionales y culturales. Los científicos conforman su propia cultura y reglas de juego. También saben autodefenderse cuando los patrones de organización —excesivamente centralistas y rígidos— o cuando los valores —autoritarios en exceso— pretenden estrangularlos.

La perspectiva que Ben David traza produce una sana incomodidad en el lector. Estremece algunas de nuestras aceptadas y honorables convicciones. ¿Nació la ciencia en Grecia? No, contesta el autor. Grecia logró, por supuesto, significativas realizaciones intelectuales. Pero la ciencia no representó para los pensadores griegos una pasión excluyente, divorciada de la filosofía, del culto o de la literatura. Ni pretendieron traducirla en innovaciones técnicas y comerciales que revelaran su utilidad colectiva. En balance, la contribución griega a la ciencia fue modesta, comparable a la efectuada por otras culturas preindustriales.

En rigor, la ciencia es un invento social del siglo XVII inglés. Desde entonces y desde allí esta actividad se expande, gana adeptos, y obtiene respetabilidad social y política al vincularse con el poder industrial y militar. Ya no enfrentará obstáculos, excepto en las sociedades subdesarrolladas donde —por razones que Ben David no explica— la adhesión a la ciencia es modesta y ornamental.

Más que la sociología interesa a Salomon la política de la ciencia. Vale decir, las condiciones que le han permitido desenvolverse y madurar en el contexto industrial moderno. La obra se divide en tres partes, en las que examina sucesivamente los orígenes de la ciencia, los ensayos para programarla, y la incursión (mejor dicho: la invasión) de la política en la ciencia. Para este autor, la ambivalencia del hombre de ciencia frente a la autoridad constituye el meollo de lo que da en llamar —parafraseando a Galbraith— la “tecnonaturaleza”. Como “el investigador científico no puede prescindir del sostenimiento de la sociedad” (p. 248), su actitud frente al político es un juego de aproximaciones y distancia. Juego que lleva a un desenlace: la convergencia creciente entre los intereses del científico y de la autoridad. Pero el fenómeno no acaba allí. Para Salomon, la tecnonaturaleza es un escenario en el que los políticos tendrán la última palabra. Finalizará entonces la luna de miel de este matrimonio de conveniencia.

Aparte de la reducción paulatina del apoyo social a la actividad científica, preocupa a Salomon la proletarización creciente de los científicos, circunstancia paradójica de una sociedad posindustrial sostenida por el conocimiento especializado. El autor argumenta que el monto de los recursos asignado a la investigación tenderá a decrecer con el tiempo; el respaldo se tornará más selectivo, en consonancia con las orientaciones que los políticos —y no los científicos— habrán de establecer. La proletarización resultaría del contraste entre dos situaciones: amplio apoyo a la ciencia en la actualidad vs. apoyo selectivo en el futuro. Un desfase que revelaría la vulnerabilidad de la ciencia moderna.

Ben David y Salomon —israelí el primero y francés el último— comparten varias preocupaciones: las tensiones ejercidas en contra de la ciencia por un medio que ésta ha conformado significativamente; el peligro de que se reste apoyo social a la investigación básica que es la que históricamente ha promovido las revoluciones científicas, y los esquemas excesivamente centralistas y burocráticos que pretenden marcar el paso a toda la actividad científica. Pero se advierten, al mismo tiempo, diferencias de enfoque y estilo. A Ben David le atrae el examen histórico y comparativo; se apoya en un rico arsenal de referencias bibliográficas de carácter desigual, y evita enredarse en juicios éticos en torno a los comportamientos de la ciencia o a los usos que los políticos hacen de ella. Salomon se remite a la escena contemporánea, inspirándose principalmente en politólogos y filósofos de la ciencia; apela, por añadidura, a las metáforas y a los juicios de valor. En términos de impacto emotivo y literario, Salomon supera a Ben David; en capacidad crítica, el primero queda a la zaga del segundo.

Hay un punto de convergencia entre ambos autores que cabe señalar: la desatención del rezago científico y tecnológico en sociedades subdesarrolladas. Al concluir la lectura de estas dos obras, uno vuelve a plantearse preguntas que están en el centro de nuestras preocupaciones: ¿por qué se ha desenvuelto con acentuada timidez el quehacer científico en estas latitudes?, ¿cómo y qué se ha trasplantado de la revolución científica que alteró los cimientos de la sociedad europea en los siglos XVII y XVIII? Al presentarse una industrialización sin ciencia, ¿qué papel le cabe al Estado? Sin el concurso de éste, ¿estará nuestra tímida ciencia condenada a ser un bien de consumo, como el arte, la literatura y los perfumes? Y si el Estado interviene, ¿cómo habrá de sobrevivir a las arduas exigencias que podría plantearle? *Joseph Hodara B.*

UN INSTRUMENTO PARA LA POLITICA TURISTICA

Encuesta de turismo receptivo 1970-1973, Subgerencia de Investigación Económica, Banco de México, S. A., México, 1974, 80 páginas.

El volumen de turistas que llega a México es de gran magnitud, así como lo es el incremento anual que registra. Este fenómeno ha llegado a tener gran trascendencia en la economía del país, pues muchas empresas se crean anualmente con el objetivo primordial de satisfacer la demanda creciente de mercancías y servicios que requieren esos visitantes.

Aquí es donde resalta la importancia de los ingresos de divisas, pues a través del gasto de los visitantes residentes en el exterior, se crean nuevas fuentes de trabajo, aumenta el volumen de operaciones de las empresas existentes y se crean nuevos polos de desarrollo en diversos lugares del país. Además, el grado de avance de la industrialización y la relativa autosuficiencia de productos alimenticios hace que se retengan esas divisas y que, a través del efecto multiplicador del gasto, generen un sinnúmero de empleos en el país, en todas las zonas que directa o indirectamente apoyan los servicios turísticos. Se puede señalar que solamente el 20% de la inversión en hoteles es de contenido importado, o sea, que origina filtraciones de

divisas que salen del país, mientras que el 80% restante se mantiene en él y se dirige a todos los proveedores, grandes y pequeños, para liquidar sueldos, salarios, materia prima y otros gastos propios de cada negocio. En cuanto al gasto turístico, se estima que las filtraciones en artículos importados son aún menores que el 5% del gasto inicial.

En el campo macroeconómico el turismo representa una de tantas actividades que generan riqueza y empleos, pero es necesario subrayar que el turismo apoya en forma sustancial un elemento indispensable para el crecimiento económico de México: la balanza de pagos. De acuerdo con cifras del banco central, en 1973 ingresaron en el país 724,2 millones de dólares por turismo, cifra que representa cuantiosa capacidad de importación; más aún, destaca que estos ingresos son crecientes y que cada vez tienen mayor peso en la balanza de pagos. En este punto es en donde surge el interés de conocer lo que hay detrás de estas cifras, su contenido, su relevancia, su estimación y, en general, las bases que otorgan para conocer y planear la estrategia turística.

La publicación denominada *Encuesta de turismo receptivo, 1970-1973*, elaborada por el Banco de México, S. A., representa una valiosa aportación al conocimiento del turismo y un gran avance en la disponibilidad de material confiable. Este documento muestra un gran esfuerzo, que se inició desde 1968, con la obtención de los primeros resultados que darían origen a esta publicación; los que vivimos esta evolución conocemos la firme decisión de lograr los resultados deseados. La información contenida ha servido de base para estimar los ingresos por turismo de la balanza de pagos de México desde hace varios años.

Para obtener las cifras de ingresos de divisas por turismo se tiene que efectuar una estimación y afortunadamente ahora se cuenta con la fórmula correcta, la cual está basada en una encuesta que utiliza un método estadístico que da lugar al diseño de una muestra de visitantes, realizado a través de cuestionarios individuales. El número de cuestionarios es de 21 000, cifra que se considera apropiada, en el grado de confianza deseado, para identificar el principal indicador: el gasto real, de acuerdo con las diversas características del turismo en el país.

La información base que se obtiene de la *Encuesta*, es el gasto medio por persona; esta cantidad, multiplicada por el número de visitantes, arroja los ingresos de divisas al país y dividida entre los días de permanencia media, muestra el gasto medio diario. Es relevante observar que ahora se dispone de información de gasto por mes, por medio de transporte, por país de origen, por extranjeros, por mexicanos residentes en el exterior, por objeto del viaje, por nivel de ingreso anual y por permanencia en el país. Adicionalmente se agrega buen número de datos sobre las visitas por ciudades de destino, seleccionadas por su captación turística, así como sobre la permanencia y noches-turista en cada una de ellas.

Los cuadros y gráficas presentados en la publicación son los que se han considerado como más importantes para el conocimiento de las características del gasto. Sin embargo, existe una gran variedad de combinaciones posibles, ya que las cifras se encuentran tabuladas y se puede relacionar información cruzada, según sea la necesidad del análisis.

El material estadístico aportado por este medio arroja las cifras (se refieren a 1973; al menos que se especifique de otra forma) que a continuación se comentan: *i)* El gasto medio aumentó de 184.46 dólares en 1970 a 224.47 dólares en 1973, o sea, a una tasa del 6.8% anual, mientras que el gasto diario aumentó de 15.00 dólares a 20.34 dólares en el mismo período, lo que representa una tasa del 10.7% anual. Lo anterior refleja cambios en la magnitud del gasto, pues el índice nacional de precios al consumidor varió en 7.5% anual en el mismo lapso, comparativamente con un fuerte aumento del gasto por día que se magnifica por una reducción en la permanencia media. *ii)* La estacionalidad hace destacar los meses de mayor afluencia, pero además resalta que los turistas que viajan a México durante la temporada de invierno, de diciembre a marzo, gastan más que el promedio anual, lo que en parte se debe a que provienen de un estrato de ingreso más elevado. *iii)* El gasto de los turistas que llegan por vía aérea representa 62% del total de ingresos de divisas y el 38% restante corresponde a los que hacen su viaje por vía terrestre, comparativamente con un número de personas que es mayor en los segundos que en los primeros. *iv)* De los ingresos de divisas por turismo, el 82.2% proviene de los residentes en Estados Unidos, concentrándose en gran parte nuestra dependencia turística en ese país y en su evolución económica. *v)* Dentro de Estados Unidos, las entidades que envían más viajeros, en orden de importancia son: Texas, California, Arizona, Illinois y Nueva York. No obstante, cuando predominan los viajeros por vía aérea de un determinado Estado, sube la participación relativa, cambiando el orden en la forma siguiente: Texas, California, Nueva York, Illinois y Arizona. Los dos primeros estados mantienen su importancia dado el fuerte volumen que registran, pues contribuyeron con el 44.7% de los visitantes y con el 35.6% del gasto de los residentes en Estados Unidos. *vi)* el motivo principal del viaje a México es de placer para 2.5 millones de visitantes, quienes aportaron 80.8% del gasto total. Existe un volumen de 400 000 que realizan visitas familiares, de los cuales la mayoría son mexicanos residentes en Estados Unidos, y los 300 000 restantes vienen al país por otros motivos. *vii)* En cuanto al nivel de ingreso se observa que 30% de los visitantes tiene ingresos de 3 000 a 10 000 dólares anuales, 28.0%, de 10 000 a 15 000, 22% de 15 000 a 20 000 dólares y 18% más de 20 000 dólares. Como es lógico suponer, los visitantes de ingresos más elevados gastan más que los del segmento inferior, a pesar de representar un número más reducido. *viii)* La permanencia media es de hasta 5 días y entre 6 y 10 días, para el 70.9% de los visitantes, correspondiendo la mitad a cada lapso mencionado. La concentración hacia un menor número de días de permanencia es característico de los que viajan por vía terrestre, mientras que los de vía aérea tienden hacia una permanencia media de entre 6 y 10 días. *ix)* Los que viajan al interior del país generaron 31.8 millones de noches-turista, las cuales se encuentran divididas en zonas geográficas del país. Por su importancia destacan con dos terceras partes del total, la zona noroeste y la zona centro con 21.4 millones de noches-turista. Esto es posible por la localización geográfica de destinos de primera importancia como son la ciudad de México con 7.9 millones de noches-turista dentro de la zona centro, y Guadalajara y Mazatlán con 3.3 millones y 2.2 millones de noches-turista, respectivamente, en la zona noroeste. Sobresale por su magnitud individual Acapulco con 3.4 millones de noches-turista en la zona suroeste. *x)* Las cuatro ciudades mencionadas absorben el 53% de las noches-turista, lo que refleja lo poco diversificado de la oferta de sitios en el país. A su vez, muchas de las noches-turista se realizan en

puntos intermedios para los que viajan en carretera, en función de los destinos finales de las ciudades anteriormente mencionadas. Es de notarse, adicionalmente, que las noches-turista de los que llegan por vía terrestre son de mayor peso en las zonas del norte, dada su cercanía al gran mercado de Estados Unidos; por otro lado, en las zonas centro, suroeste y sureste las noches-turista de los que utilizan el avión son las más importantes con dos terceras partes de su total.

El contenido de la *Encuesta de turismo receptivo* es muy rico en información y en posibilidades de utilización para todos los interesados en el sector turismo. Es conveniente señalar que las cifras son el resultado de una estimación efectuada a través de una muestra diseñada para el objeto específico y que son cifras confiables y pueden proyectarse al universo. No obstante, existen datos que pueden aportar un mayor desglose, para algún indicador de interés más específico; esos datos tienen limitaciones y están sujetos a un menor grado de confiabilidad. Como ya se ha indicado en párrafos anteriores, la publicación incluye una serie de cuadros y gráficas muy útiles en el análisis económico del turismo, de las cuales también es posible obtener la interacción de otros fenómenos, aunque con una confianza estadística menor. Por lo anterior, se debe iniciar un análisis de la información, para llegar a conclusiones sobre un gran número de aspectos.

Cabe considerar a la *Encuesta* como excelente en el material estadístico, en la presentación y en sus resultados. Sin lugar a duda, debe ser la base de información que oriente las políticas que se pretende adoptar en materia de turismo. Los prestadores de servicios deben tomarla en cuenta al hacer sus inversiones y al proponer modificaciones en las reglas que norman la actividad turística. Asimismo, es un instrumento que permite evaluar la política turística nacional y conocer en qué grado estamos logrando las metas que se persiguen; estas metas pueden referirse a una mayor generación de ingresos de divisas, aumento del gasto por persona, prolongación de la permanencia, suavización de la estacionalidad, una mayor diversificación de la oferta y otras.

Lo anterior permite afirmar que el Banco de México, S. A., ha dado un gran paso en el campo del conocimiento del turismo y ha aportado la información más valiosa sobre esta materia. Puedo asegurar que su contenido es de gran importancia y que pocos países en el mundo realizan estudios similares. Además, un hecho significativo en nuestro medio es que este tipo de información está disponible para los interesados, que pueden actualizarla periódicamente en sus datos fundamentales mediante otra publicación que el Banco edita.

Solamente sería conveniente agregar que este gran paso debe ser seguido por otro más, ya que se dispone de la capacidad técnica y la instrumentación para realizarlo. Creo que sería conveniente complementar la información con cifras a nivel regional y local, para conocer el comportamiento turístico en diversas plazas del país; posteriormente, otro factor importante que podría incluirse en las encuestas futuras es el referente a los aspectos de motivación. Esto se tiene que planear formulando las preguntas que se requieren a los entrevistados y haciendo las tabulaciones correspondientes; sin embargo, hay que reconocer que esto lleva tiempo, aunque también hay que aceptar que será necesario para un análisis más complejo y completo en el futuro.

Los planeadores de las actividad turística cuentan ahora con un instrumento para dirigir sus objetivos, con cifras para evaluar los proyectos que se pretenden realizar y criticar los ya existentes. *Pedro Dondé Escalante*.

POBREZA Y RIQUEZA EN EL MUNDO ACTUAL

Los países pobres, Antonio Gazol Santafé, Fondo de Cultura Económica, colección Archivo del Fondo, número 8, México, 1974, 111 páginas.

Es éste un libro breve pero de profundo contenido, rico en el análisis de las trascendentales etapas históricas que han ido configurando el actual perfil de la economía; la estructura esquemática de sus capítulos induce mucho más a la meditación que si el autor hubiera dedicado numerosas páginas a la exposición de los hechos, al desmenuzamiento de las circunstancias para plantearse el panorama de una realidad insoslayable que es apremiante encarar con valor y decisión: la existencia de colectividades humanas que viven sumidas en la pobreza y en la dependencia, a pesar de que ambas —pobreza y dependencia— hayan sido, con reiteración, verbalmente condenadas o proscritas por la comunidad internacional. La ineficacia de las declaraciones oficiales, la expresión de los buenos propósitos de cooperación expuestos de tiempo en tiempo por los gobiernos y nunca cumplidos exactamente, ni aceptados con unanimidad, van creando en los pueblos una amarga sensación, una desesperanza creciente que acentúa los rencores y es el principal motor de la violencia.

Gazol inicia sus reflexiones refiriéndose en primer término a lo que se entiende por "burguesía" y por "burgués", con el fin de precisar conceptos, ya que en esa clase están las raíces del liberalismo, pues la burguesía "es la antítesis de la aristocracia y del feudalismo", "lo contrario del dogmatismo intransigente, del despotismo y de la arbitrariedad, de la exaltación de los valores hereditarios y de la disipación y ostentación superfluas". Alude Gazol a una obra del filósofo e historiador holandés Bernhard Groethuysen en la que se hace una valoración histórica del burgués y de la burguesía; reconoce este autor que la burguesía dialogó durante algunos siglos con la Iglesia, a la que se enfrentó posteriormente considerándola como el brazo del feudalismo y de la aristocracia. El "honrado burgués" enfrentado al "buen cristiano" puede mostrar un aspecto de la burguesía, pero no a la burguesía, ni como clase, ni como sistema ni como filosofía. El laicismo del burgués no es forzoso ni es la nota esencial que define a éste. Existen muchos burgueses laicos o, más bien, antidogmáticos, pero no es ésta la nota definidora que llena los conceptos de burgués y burguesía. Es un error considerar al burgués como exponente típico del laico, enfrentado a la Iglesia, puesto que pueden existir burgueses, incluso de la primera época de la burguesía francesa, que sean creyentes, pues la clase como tal poco tiene que ver con las ideas religiosas, y agrega que el burgués de la Edad Moderna tiene su mundo, exactamente como el hombre de la Edad Media, porque su mundo no ha encontrado su expresión en una determinada ideología, no la necesita; y es un mundo que se basta a sí mismo. Por otro lado, señala que "la Revolución socialista, hecha por el hombre libre, como diría Rugiero, es una continuación de la Revolución liberal burguesa, siempre que queramos

ver en ella la exaltación del hombre y que se ha hecho para el bien del hombre”.

Hablando luego de colonia y de colonización, apunta el autor que este último término persiste en el siglo actual, aunque ya no existan colonias propiamente dichas. Afirma que “los pueblos actualmente son como son; y son así debido en gran parte a las conquistas y a la colonización; pues de otra forma serían entes distintos, hasta con distintos límites y denominaciones y, sobre todo, con distinta forma de ser y de vivir”.

A su juicio, “los países que fueron colonias en los que se estableció el régimen feudal de explotación no han sido vistos, generalmente, desde abajo y por dentro. Han sido vistos por fuera y desde arriba, colonialmente. Fueron vistos como áreas de expansión (materias primas, despensa y mercados) de los países más adelantados aunque no fueran metrópolis ni tuvieran colonias. Hasta el marxismo incurre en esta visión externa del mundo de la pobreza, y en poco nos ayuda a encontrar las leyes internas de su desarrollo. Son los mismos pueblos los que tienen que hallar las leyes internas que expliquen históricamente la pobreza y la riqueza... Esta visión externa del desarrollo, desde arriba, ha dado origen a lo que se ha llamado desarrollo inducido. Frente a él tenemos el desarrollo promovido desde la base, tratando de construir rampas de cemento o escaleras por las que vaya subiendo el hombre...”

Planteando el problema de la pobreza y de la riqueza, considera Gazol que es imposible localizarlas en áreas geográficas bien determinadas. “La pobreza y la riqueza del mundo actual, salvo rincones caracterizados por su prosperidad o por su miseria son más que geográficos, sectoriales, y físicamente se entrecruzan de tal forma que al salir de nuestras propias casas y volver la esquina vemos la miseria infrahumana; y, como dentro de las áreas más míseras se puede observar también la opulencia más ostentosa, resulta imposible pintar un mapa con el claroscuro del mundo moderno”. Añade que puede suceder que una gran prosperidad de los grupos dominantes y del Estado vaya acompañada de una gran miseria popular; y es así como el auge en los negocios no es coincidente con el bienestar mayoritario. Más adelante habla de desarrollo y de estabilidad, afirmando que las teorías económicas de moda en la posguerra se fijaban únicamente en los pueblos que se adelantaron y que gozaban de prosperidad antes de la guerra. La obsesión de estos pueblos era la estabilidad; surgieron modelos económicos para conservar la prosperidad y la actividad de antes de la guerra en los más adelantados. Era lo que se dio en llamar la economía de la estabilidad. Frente a ella surgió la necesidad ingente de una amplia zona del mundo, no de conservar, no de estabilizarse, sino de dinamizarse y desarrollarse. Así tuvo aceptación, en el principio de la posguerra, la economía del desarrollo enfrentada a la de la estabilidad.

Después de precisar algunos conceptos y de optar por la expresión “crecimiento”, en lugar de “desarrollo”, indica que subdesarrollo es sinónimo de pobreza, miseria y atraso, de donde surge la denominación de “países pobres” por contraposición a los “países ricos”, “adelantados”, “progresistas”. Así, desarrollo equivale a riqueza y subdesarrollo se identificó con pobreza, y como nadie quiere ser calificado de subdesarrollado y, por lo mismo, de pobre, han surgido diversas expresiones que derivan de la misma palabra: “en proceso de desarrollo”, “de menor desarrollo relativo”, “en vías de desarrollo”, etc., pero,

“de hecho, todos los pueblos están en vías de desarrollo y son de menor desarrollo relativo o comparativo”.

Subraya más adelante el nacimiento del grupo de los 77 países y del Tercer Mundo y se refiere a los esfuerzos llevados a cabo por los gobiernos para coordinar su acción. El Grupo de los 77 ha crecido hasta 96; realiza una gran función, pero no define la pobreza ni desplaza el subdesarrollo. “Moderadamente se habla del Tercer Mundo sin saberse cuál es el primero ni cuál es el segundo”, apunta Gazol. En seguida menciona un intento de definirlo: “El Tercer Mundo está constituido por países cuya característica fundamental es el subdesarrollo, y que en su mayoría son naciones no alineadas, de economía mixta con sectores privados y públicos que utilizan la dirección técnica de planeamiento. Muchas de ellas se mueven bajo formas diversas de socialismo. Las diferencias étnicas y religiosas son realmente importantes, con excepción de América Latina”. (Genaro María González, en *Excelsior*, México, 7 de enero de 1973.)

Gazol considera indispensable dividir a los países en forma más concreta y operativa con base en realidades de ayer o de hoy. “No olvidemos que el desarrollo ha necesitado posteriormente ser matizado con adjetivos y otros atributos y complementos; y así es frecuente escuchar y leer expresiones como “desarrollo integral” o “desarrollo con justicia social”, lo que, según el autor, pone de relieve la poca solidez de los citados conceptos.

Lo cierto es que el mundo se divide en países avanzados y en países rezagados, tomando como base el momento histórico en el que los primeros iniciaron la marcha y señalaron la distancia; ese momento fue la explosión tecnológica, el maquinismo y la Revolución Industrial. “La división entre países avanzados y países rezagados tiene una validez operativa y una practicidad incuestionables. Los países avanzados marcaron el camino. Al menos, señalaron un camino a seguir: el que a ellos los hizo grandes y poderosos. Modernamente se abrió otro camino que han seguido algunos pueblos: hacer fuertes a los estados.” Agrega que el mundo también se divide según la realidad presente en forma correcta y operante: existen países en los que preponderan las áreas geográficas o núcleos sectoriales marginados de la vida económica activa, y hasta pudiera decirse que de la vida humana. Hay dos tareas por delante que no pueden entremezclarse: incorporar a la vida económica activa, gradualmente, zonas y núcleos marginados. Otra implicación práctica de la distinción entre marginación y pobreza se refiere al empleo. No en balde ha sido en los países menos avanzados donde poca importancia y relieve adquirieron durante muchos años las cifras relativas a empleo, desempleo y subempleo; y es que era frecuente confundir al desempleado y al marginado.

Hace notar que en la posguerra se ha acentuado la sobreestimación del dinero y una subestimación del hombre en los procesos internos de capitalización; la técnica y la máquina son necesarias para los países que quieran lograr en poco tiempo una relativa industrialización. “Y sobre estos elementos se edificó la cooperación internacional de posguerra, alineando a unos países de un lado y a otros del otro.” Analiza los aspectos de “dimensión económica de cada país” y otros temas conexos y considera que esa dimensión es el indicador de su pobreza y de su riqueza, términos que, no obstante su antigüedad y su uso, siguen siendo vigentes a pesar de que ni el rico quiere

llamarse rico ni el pobre quiere llamarse pobre; y a pesar de que la pobreza y la riqueza son circunstanciales y coyunturales.

Hace mención de los países que integran el grupo de los 77 y de los 96 y alude a las reuniones celebradas por ambos, con objetivos económicos muy concretos. Manifiesta el autor que cuando los países adquieren su independencia política y militar es cuando se despierta la ambición de los países poderosos y de las grandes empresas internacionales o supernacionales; y es cuando la burguesía nacional, con otros nombres, desempeña un papel de no menor importancia. "La burguesía propia de cada país se constituye en la fuerza que nacionaliza, que peculiariza, frente a las fuerzas internacionales que tienden a desnacionalizar, a despeculiarizar y a estandarizar. Así, por lo que respecta a la base de sustentación, todo nacionalismo, para ser sólido y estable, ha de basarse en intereses propios. Por lo que se refiere a la necesidad del nacionalismo, puede decirse que ésta es particularmente interesante para los pueblos de ascendencia feudocolonial de formación económica inmigracional. El nacionalismo es al cuerpo socioeconómico lo que la fiebre es al cuerpo humano: una defensa natural, espontánea, orgánica. Y ésta es la razón por la que todos los pueblos inmigracionales deben tener muy acusado su sentido nacionalista que, bien orientado, ejerce una acción defensiva necesaria y benéfica; en cuanto a la relación de poder entre los intereses propios y los extraños, el equilibrio debe ser buscado por los gobiernos respectivos, teniendo en cuenta que por razones obvias esta relación de poder se rompe en favor de los intereses externos, frecuentemente, y en lo que respecta a la motivación y naturaleza del nacionalismo debe apuntarse que al sostenerse sobre intereses propios es una afirmación de los mismos y no una negación de los que se oponen."

Termina el autor afirmando que la presente visión de la realidad económica comienza a identificar las causas de la injusticia en las relaciones comerciales entre las naciones. Los jóvenes estados de Asia y Africa, nacidos a la vida independiente después de la segunda guerra mundial, comienzan a estructurar una nueva filosofía para las relaciones de los países pobres con las naciones opulentas. El movimiento encuentra eco en América Latina y surge el proyecto mexicano de una Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados para superar esa antigua distorsión en las relaciones de las dos terceras partes de la humanidad con la otra, minoritaria y poderosa. *Alfonso Ayensa.*

CAPITALISMO Y REFORMA AGRARIA

Capitalismo y reforma agraria en México, Michel Gutelman, Editorial ERA, México, 1974, 290 páginas.

El problema agrario ha sido uno de los que más justificadamente interesa a los estudiosos de la materia, a las autoridades nacionales y, por supuesto, a los directamente relacionados con la tierra: los campesinos. Hasta muy avanzado el presente siglo, en nuestro continente sólo la reforma agraria mexicana figuraba como un serio intento para hacer de la tierra y de sus frutos un bien de utilidad social y no sólo elitista. En otros países, debido a la no organizada e insuficiente presión de hecho de "los de abajo", las llamadas reformas se hacían sólo para repartir tierras marginales, poco productivas y no capitalizadas, o se recurría a la colonización de zonas boscosas o selváticas. El ejemplo

mexicano y las influencias sociales y económicas resultantes de otros grandes movimientos de nuestro siglo (las revoluciones rusa, china y cubana, por ejemplo), sin duda fueron determinantes para que dirigentes políticos y gobiernos, progresistas generalmente, procurara una solución justa a los reclamos campesinos que se hacían incontenibles. Fue evidente, pues, que el "fantasma de la revolución social" y el interés de ampliar el mercado interno para fortalecer la paulatina sustitución de importaciones, políticas de mucho gobierno, fueron razones de mayor peso para intentar programas de reforma agraria. Para dicho efecto intervinieron gobiernos nacionales y extranjeros quienes veían en el mantenimiento del *statu quo* el fermento de la revolución socialista o comunista. A evitar tal estallido estaban destinadas las recomendaciones, entre otras, de la Alianza para el Progreso y de la Reunión de Presidentes Americanos: se hace un cambio pacífico o sobreviene la conmoción continental que atentará contra la paz, el orden y el principio occidental y capitalista de la propiedad privada.

La reforma agraria, entendida como la entrega masiva de tierras, implementos, ayuda técnica y financiera, es decir, como la sustitución de la arcaica estructura de tenencia y usufructo de los productos de la tierra, fue considerada como tesis de reivindicación exclusivamente marxista. Los políticos no revolucionarios de centro sólo aceptaban una progresiva transferencia sin afectar, por considerarlas productivas, a las grandes haciendas y unidades agroindustriales. Por otra parte, los grupos conservadores y burgueses se mostraban dispuestos a frenar todo cambio a fin de mantener sus propósitos hegemónicos. Por supuesto, todas estas pugnas se daban en las ciudades, universidades y locales partidarios, en tanto que los directamente interesados, los campesinos, vivían su diaria miseria, la explotación que de hecho y derecho ejercían sobre ellos los grupos sociales dominantes. Es en esas condiciones que, huérfanos de apoyo real, los campesinos se levantan por sí solos, exigen y reclaman, desorganizadamente, sus derechos que consideran ancestrales. El fantasma de la revolución era ya un hecho. La *vía campesina* de restitución de derechos, la presión de "los de abajo" se hizo incontenible en muchos lugares, aun para las fuerzas del orden y la represión. En unos países dichos movimientos triunfaron y no hubo más solución que ceder y conceder; en otros; aun cuando no lograron sus aspiraciones, sí sensibilizaron las opiniones y actitudes. En respuesta, algunos gobiernos redoblaron la represión por considerarlos atentatorios contra la paz, el orden y la propiedad privada; otros se plantearon la necesidad de reformar el agro. Surgió, pues, la *vía burguesa* de la reforma agraria. Se concedieron tierras marginales y algunas fértiles, colonización y apertura de nuevas tierras que, es bien sabido, no satisfacen plenamente.

En algunos países se están dando pasos recientes que demuestran deseos y necesidades de reformas integrales. Que esas reformas provengan de militares o civiles es cosa que puede discutirse, lo que no puede soslayarse son sus realizaciones, sus hechos. Son conocidas las reacciones de los grupos de poder a quienes se afecta. Pero si estas realizaciones favorecen, real y objetivamente, a la clase campesina, a la población rural, es interesante anotar lo que generalmente objeta la izquierda marxista a ese respecto. Esas reformas agrarias, dicen algunos grupos de izquierda, están "condenadas al fracaso" porque se indemniza al latifundista y se cobra por la tierra al campesino. En realidad casi en ningún país, ni en Cuba, como asienta Gutelman, hubo expropiación plena ni entrega gratuita de

tierras a los campesinos. Las indemnizaciones, en todo caso, se pagan en "bonos" reembolsables en 25 o 30 años con intereses bajos que llegan al 4%, disminuidos en el tiempo por las depreciaciones; y el pago que hacen los campesinos es, asimismo, a largos plazos y bajos intereses que no dificultan el normal desenvolvimiento de la reforma agraria. Dichos pagos son, en general, menores que los que se harían por el valor de cualquier préstamo bancario, incluso estatal; son deudores los campesinos, pues, de un capital devaluado conforme al valor fiscal declarado por el ex propietario.

Por otro lado puede decirse que una reforma agraria es, en sí misma, aun cuando se produzca como resultado de una revolución nacional, una reforma burguesa por cuanto tiende a nivelar las relaciones sociales del campo con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas "cuando surge y se desarrolla bruscamente el modo de producción capitalista". "Pero cualesquiera que sean las formas que tomen las relaciones de propiedad, y veremos que pueden ser muy variadas, la lucha por la redistribución de la tierra y por la transformación de las formas de apropiación de la misma no puede conducir a una transferencia fundamental de las relaciones de producción", debido a que la tierra, por sí misma, no es un medio de producción. Redistribuir la tierra, en cualquiera de sus modalidades es, en el fondo, distribuir de una nueva forma la renta agraria. Ese es un problema que en nuestros países poco se ha estudiado o se ha soslayado intencionalmente. No importa tanto, para fines de este análisis, quiénes son los poseedores y qué extensión poseen, sino investigar lo concerniente a los propietarios de los medios de producción dominados por las leyes de mercado y a todos los mecanismos inherentes a él. Si la tierra está repartida más o menos justicieramente, en tanto que los otros medios de producción y de mercado se hallan controlados, la renta de la tierra, la plusvalía y el excedente irán a parar de unas a otras manos, a los más poderosos económicamente. En esencia, es el tema que con profusión de datos y citas estudia Gutelman en su libro que comentamos.

Para encuadrarse en un marco histórico, el autor estudia la estructura agraria desde el porfiriato hasta el Gobierno de Díaz Ordaz. Se observa, por otro lado, la política "pendular" en lo que se refiere a la cuestión agraria. Las dotaciones, restituciones, ampliaciones y reconocimientos o confirmaciones del derecho comunal no se dan, en todos los gobiernos, con el mismo objetivo, intensidad e interés. El tradicional enfrentamiento de la propiedad ejidal y comunal con la privada, que conformará nuevas modalidades de tenencia, explotación y beneficio, es seguido con interés y con aportación de nuevos datos e interpretaciones. ¿Qué significan hoy los ejidos frente a las pequeñas y "medianas" propiedades? Socialmente, la dotación y restitución de tierras ejidales y comunales tuvo efectos "sedativos" o "soporíferos" como algunos los llaman, en tanto que económicamente son las pequeñas y medianas explotaciones las que señalan los hitos de la actual agricultura mexicana, casi totalmente dentro del marco del mercado capitalista. Esto es, algunas modalidades porfiristas y modernas se conjugan en el acentuado interés de crecer "hacia afuera", aun cuando las necesidades internas no sean del todo satisfechas, y el de sustituir cultivos esenciales para la alimentación popular por los de exportación o por los industrializables, fenómeno que con el señuelo de mejores precios ha puesto en desventaja a las tierras de más baja calidad en tanto que las mejores, con riego y más capitalizadas, concentran la renta agraria.

Por otra parte, es interesante analizar, en lo que se refiere a México, los modos de utilización de la tierra y su distribución entre los sectores sociales que intervienen en la producción.

Utilizando los datos del censo de 1960, como lo hace Gutelman, que no difieren sustancialmente de los datos de 1970, la superficie agrícola del país era de 169.1 millones de has. De ese total, las tierras laborables ocupaban 23.8 millones, los pastizales 79.1 millones, los bosques 43.7 millones, las tierras incultas productivas 11.2 millones y las improductivas 11.3 millones. Con referencia a los datos de 1930, las tierras de labor aumentaron en 67%, las incultas productivas en 280%, las boscosas en 69% y las improductivas disminuyeron en 55%. En lo que se refiere a las tierras laborables, es de vital importancia el aumento del riego. En 1960 las tierras de labor se dividían así: 3.4 millones de has. de riego frente a 1.7 millones de 1930; 2.1 millones de jugosas o húmedas frente a 1.3 millones en 1930, y 18.3 millones de temporal, frente a 11.5 millones en 1930. Se observa que las tierras de riego aun cuando se duplicaron en tres decenios, significaron sólo una sexta parte de las de temporal que sólo crecieron en poco más de 6 millones de hectáreas, casi todas de mala calidad.

En lo que toca al reparto de tierra por sectores sociales, se nota una gran disparidad especialmente en lo referente a las laborables. La distribución entre el sector ejidal y el privado (propietario de 5 y más has.), según datos de 1960, era la siguiente: 44.5 millones de has. para el primero (27% del total de las tierras disponibles) y 124.6 millones para el segundo (73% restante). La superficie ejidal aumentó, en veinte años, 54%, y la privada 24%; pero la relación de posesión fue de 5 a 1 a favor del sector privado. La proporción en lo que se refiere a las tierras laborables es también minoritaria para el sector ejidal: 10.3 millones de has. (44%) frente a 12.7 millones (56%) del sector privado. Con respecto a los censos anteriores, la tierra de labor ejidal disminuyó en términos relativos en tanto que la del sector privado aumentó, lo cual nos indica que las nuevas tierras abiertas al cultivo fueron cedidas, mayoritariamente, al sector privado. Para observar bien la política favorable hacia el sector privado, los datos referentes a la distribución de tierras de riego es la mejor muestra: 1.4 millones de has. (41% del total a los ejidos) y 2 millones al sector privado (59% restante). Cifra demostrativa de que, de 1940 a 1960, la superficie ejidal irrigada aumentó en sólo 29% en tanto que la del sector privado creció 150%. Puesto que en números relativos la superficie total de los ejidos se acrecentó mientras que su superficie laborable e irrigada disminuyó, puede concluirse que se distribuyeron a los ejidos más tierras no cultivables, montes o pastos naturales que tierras de labor.

Dentro de la estructura territorial en el sector privado, se distinguen cuatro clasificaciones: 1) la gran explotación agrícola que abarca superficies mayores a 200 has. y cuyos propietarios constituyen la gran burguesía rural. Según datos de 1960, existían más de 50 000 explotaciones de ese tipo que ocupaban 108.2 millones de has., divididas así: 26 802 explotaciones de 200 a 500 has. con una extensión de 8.2 millones de has.; 10 689 de 500 a 1 000 has. con una extensión de 7.3 millones; 9 409 de 1 000 a 5 000 has. con 22 millones y 3 854 con 5 000 y más has. que abarcaba 70.6 millones de has. Estas explotaciones, que representaban sólo el 3.8% del total de las explotaciones privadas, ocupaban el 86% de la superficie de apropiación

ción privada que, como se anotó, fue de 124.6 millones de has. Dentro de ese mismo grupo, como se observa, el 47% de los propietarios concentraban el 65% de la superficie apropiada y los propietarios de 5 000 has. y más poseían, en promedio, 18 350 has. Es penoso decir que el latifundismo en México, aun cuando se diga lo contrario, es una realidad dolorosa. 2) Las explotaciones medias, las que comprenden de 25 a 200 hectáreas, ocupaban 12.3 millones de has. a través de 169 978 explotaciones: 70 103 explotaciones de 25 a 50 has. con 2.5 millones; 58 679 de 50 a 100 has. con 4.1 millones y 41 196 de 100 a 200 has. con 5.7 millones. Este grupo de explotaciones representó el 12.7% del total y abarcó cerca del 10% de la superficie total y concentró entre el 15 y el 25 por ciento de las tierras de labor y el 30 y el 50 por ciento de la totalidad de las de riego. 3) Las explotaciones familiares son las que comprenden entre 5 y 25 has. En este grupo hay 226 602 explotaciones que abarcaban 2.8 millones de has., divididas así: 94 310 explotaciones de 5 a 10 has. con 679 000 has. y 132 292 de 10 a 25 has. con 2.1 millones. En conjunto representan éstas el 17% del total de las explotaciones agrícolas y el 2.2% de la superficie, con la ventaja de que casi todas estas tierras son laborables. 4) Los minifundios son las explotaciones de más de 5 has. pero con menos de esa extensión de tierras de labor efectiva. En este grupo hubo 959 745 explotaciones que abarcaran una superficie de 1.5 millones de has. de tierras laborables, 70% del total de las explotaciones que detentaban sólo del 11 al 12 por ciento de la superficie total. En general es de este sector de donde surgen, mayoritariamente, los asalariados que se alquilarán en las explotaciones mayores o se dedicarán a actividades complementarias de ingresos.

¿Y qué decir con respecto a la acumulación capitalista en el campo? Las tendencias, lógicamente, son similares a la apropiación territorial. En promedio, de 1940 a 1960, las inversiones agrícolas en el sector privado crecieron 9.7% anualmente. En 1940 el capital ascendió a 4 500 millones de pesos y a 88 000 millones en 1960, lo que dio un capital por ha. de 146.5 pesos y 4 031 por trabajador activo, superior en 10 veces a la cifra de 1940. Por el lado del sector ejidal, la inversión de 1940 a 1960 se multiplicó por 19 y por 25 en la privada; pero, conociendo los aumentos de la superficie ejidal, en realidad los crecimientos efectivos fueron de 13 veces más. El coeficiente capital-trabajador fue en el sector ejidal de 10 400 pesos en 1960, superior en 9 veces al de 1940, en tanto que en el sector privado de más de 5 has. fue de 25 000 pesos, mayor en 13 veces al de 1940. En suma, el capital ejidal crece menos de prisa que el privado: en 1940 representaba el 42% del capital agrícola mexicano total, en 1950 bajó a 36% y en 1960 a 33%. Es que, como escribe Gutelman, la plusvalía y el excedente son paulatina pero constantemente transferidos del sector ejidal y minifundista al pequeño y mediano, y de éstos a la industria de transformación, especialmente a la de consumo.

¿Qué ha pasado, pues, en más de 50 años de reforma agraria en México? Se habla de fracaso, estancamiento y aislamiento de grandes avances. Se trata de mejorar y perfeccionar, a través de modificaciones institucionales y jurídicas, la obra central de la Revolución mexicana. "El problema consiste en saber *cómo* ha permitido la reforma agraria el desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura —escribe Gutelman—. No se trata solamente de emitir un juicio tecnocrático cuantitativo, por ejemplo, acerca de lo progresión de las inversiones, de la productividad del trabajo o de los rendimientos, sino también

de saber *cómo* se opera en realidad la acumulación, de conocer las relaciones de clase que implica, etc. Sobre la base de esos análisis se podrán sacar conclusiones relativas a la índole de las nuevas contradicciones y a su probable evolución". El estudio de Michel Gutelman es en la actualidad uno de los mejores ensayos de interpretación y análisis de la reforma agraria mexicana. Sus afirmaciones y estimaciones, sus análisis en el marco de las categorías marxistas suscitarán comentarios y discusiones. Mientras tanto, es una obra que debe consultarse. Para finalizar, sólo diremos que la traducción del francés al español bien puede ser revisada para una segunda y segura edición. *Armando Ruiz de la Cruz.*

INDUSTRIA Y CAMBIOS ESTRUCTURALES

Una alternativa industrial como vía para el cambio estructural. Un análisis macroeconómico para el caso de México, Manuel Becerra O'Leary, tesis profesional, Escuela Nacional de Economía, UNAM, México, 1973, 201 páginas.

Se estudia en esta tesis "la vía industrializante como instrumento del cambio", vía "que tiene un carácter limitado por las relaciones estructurales". Desde el primer capítulo, el autor procede a estudiar las condiciones de la industria nacional en el período 1940-70. Para establecer las primeras relaciones estructurales, se señalan y fijan las "normas" o "índices" que las caracterizan, que son indicadores de los fenómenos macroeconómicos ligados a una estructura dada; su permanencia —dice— estará limitada a la duración de la misma. Agrega que el análisis estadístico de los índices estructurales, esto es, "la estática comparativa", permite entonces conocer el arreglo, distribución y funcionamiento del sistema industrial en un período específicamente determinado. Precisa que los elementos estructurales indispensables para tal conocimiento son: el valor bruto de la producción, el valor agregado, el personal ocupado, las relaciones interindustriales, el comercio exterior, el tamaño de las instalaciones, el capital y la tecnología; en ellos se refleja la marcha del sistema productivo, en particular la de la industria manufacturera.

Como es obvio, es el producto nacional bruto —la valoración de la corriente de bienes y servicios durante un período— uno de los índices usuales para medir la actividad económica. Pero para evaluar el crecimiento y expansión de la actividad fabril es necesario que los valores respectivos se confronten con los correspondientes ritmos de desarrollo de los sectores restantes y de la economía en su conjunto. De esta forma, se observará que la participación del producto industrial dentro del producto global ha tenido una tendencia regularmente ascendente desde 1940 hasta el momento actual, transformándose estructuralmente la producción a lo largo del período; así tenemos que la aportación de los sectores productivos al producto nacional en 1940 fue la siguiente: sector primario 22.5%; el de servicios 47.8%, y el secundario 29.7%; en tanto que en 1970 el sector primario participó en el producto industrial con 13%, el de servicios participó con 48.9% y el secundario lo hizo con 38.1%. Apunta el autor que la nueva participación de los bienes no duraderos en el PIB industrial y el correlativo incremento de bienes intermedios, duraderos y de capital, obedece a la dinámica en la sustitución de importaciones. El ritmo de crecimiento

de la producción del segundo tipo de bienes, presenta índices mayores que el promedio general de la industria manufacturera. En la participación de la producción industrial por ramas productivas en el PIB destacan la industria alimenticia, la de productos químicos, la siderurgia, el equipo de transportes y los textiles.

Por otro lado, el valor agregado por la industria en 1960 fue de 38,8% del valor total del producto. De este porcentaje, el renglón "utilidades", fue el de mayor participación. El 35% de los establecimientos industriales percibían utilidades superiores al promedio general y el resto tuvo un porcentaje que oscila entre el 29 y el 39,2 por ciento.

Durante el período comprendido de 1930 a 1965, el sector productivo que tuvo una mayor capacidad de absorción de mano de obra fue la agricultura con 39,6%; la industria absorbió 25,7%, correspondiéndole 18,7% a las manufacturas; mientras que el sector servicios absorbió 34,7% del total de la fuerza de trabajo.

Conforme a ciertas investigaciones, durante el período 1955-1962 la relación capital-trabajo de México fue de 3,5; la de Italia 2,3; la de Francia 3,3; la de Gran Bretaña 3,1 y la de Estados Unidos 4,5, siendo la relación capital-trabajo mexicana más alta que la de los demás países industriales europeos, "lo que quiere decir que la industria nacional ocupa una proporción mayor de capital por hombre, ahorrando mano de obra en mayor cantidad que los países industriales a excepción de Estados Unidos".

Después de hacer algunas consideraciones en torno a las relaciones interindustriales, se trata en la tesis el problema de la localización industrial y se habla de la necesidad de ubicar, en un contexto geográfico congruente a las zonas industriales, según su desarrollo. En 1965, la zona metropolitana del Distrito Federal aportaba 36,3% de la producción industrial; el estado de México, 15,1% y Nuevo León 10,7%; así, en 10 entidades se concentraba el 85% de la actividad industrial, mientras que las 22 entidades restantes sólo contribuyeron con 14,3% de la producción manufacturera.

Luego se refiere el autor al capital invertido en la pequeña y mediana industria que representa cerca del 57% del total invertido en la industria manufacturera; sus productos constituyen más del 65% del valor total de la producción industrial, el valor agregado es superior al 70% del total; da ocupación al 77% de la fuerza de trabajo, lo que indica en cierta medida un uso más intenso de ese factor productivo. Analiza seguidamente la cuestión de capital. La inversión bruta de capital total en el sector industrial en 1960 fue de 30 209 millones de pesos y en 1967 de 51 246 millones de pesos. El ahorro total interno y externo, público y privado en 1969 fue de 82 800 millones de pesos. La inversión del sector público ascendió en 1969 a 26 339 millones de pesos, de los cuales el 61,2% fue canalizado al sector paraestatal. Para este financiamiento el sector público dispuso del ahorro propio, 13 900 millones de pesos de superávit en cuenta corriente, y del endeudamiento con fuentes del país y extranjeras por 9 600 millones de pesos (6 000 millones tuvieron origen nacional y 3 600 millones provinieron del exterior). La inversión privada alcanzó los 56 000 millones de pesos en 1969, de los cuales 87% correspondió a capital fijo y 13% a cambio de existencias.

Al hacer mención del desarrollo tecnológico de México, afirma el autor que la industria nacional está sujeta a una dependencia de proporciones desmedidas de la tecnología extranjera: casi todo consiste en importación de procesos bajo la forma de convenios y acuerdos sobre licencias, patentes y servicios técnicos, lo que impone restricciones técnicas y limitaciones productivas a la capacidad y funcionamiento de la planta industrial. Esta situación de dependencia ha llevado a una reglamentación y a medidas de tipo proteccionista, a una diversificación rápida de la actividad manufacturera, significando, en cambio, limitaciones para la especialización con un costo que repercute en la productividad y eficiencia. Así, la intensidad del crecimiento industrial y el aumento de su importancia en el conjunto de la economía, viene obediendo a la diversificación de la producción industrial condicionada por el proteccionismo. Además, la estructura industrial es predominantemente tradicional, ya que el grueso de su producción proviene de establecimientos que pertenecen a la parte más tradicional del sector secundario, advirtiéndose falta de integración, deficiencia estructural que representa vacíos en eslabones claves del encadenamiento industrial, que no producen el efecto necesario para estimular el crecimiento. Por otra parte, la importación de materiales básicos tiende a intensificarse, lo que acrecienta la dependencia con el exterior; los aumentos en los costos son consecuencia de factores tales como la subutilización del equipo existente, que representa márgenes de capacidad ociosa del orden del 50% y en algunos casos porcentajes más elevados, a lo cual se agrega la estrechez del mercado; la subutilización del equipo productivo obedece al exceso de capacidad instalada y repercute en el alza de los costos en el sentido que afecta al producto elaborado por un cargo de depreciación de equipo varias veces mayor, aumentando las partidas de mantenimiento del mismo y del personal necesario, en las mismas proporciones.

Enumera luego el autor otros factores, entre ellos el deterioro del ambiente, la localización industrial y el empleo de técnicas que no se ajustan a las condiciones económicas prevalentes en el país. También se destaca que una política industrializante por sí misma no es el instrumento del progreso, es decir, el industrialismo como una finalidad *per se* conduciría a una expansión irracional del aparato industrial sin conseguir los beneficios materiales y sociales del progreso. Por tanto, cada día resulta más indispensable aplicar técnicas de planificación con unas metas realistas de desarrollo.

En otros capítulos de esta tesis —que es un instrumento valioso y bien documentado para cuantos estudien la problemática de la industria del país— se examinan cuestiones de metodología de la planificación del desarrollo y se habla de integración. Después de trazar un esquema teórico de la génesis y evolución de la sociedad mexicana, se analiza el comportamiento de las variables estructurales del crecimiento: población, Estado, ideología, técnica, refiriéndose después a los problemas que se han ido planteando en el país desde 1910 y que desembocaron en una situación de desequilibrio estructural de la que es ilustrativo, por ejemplo, el siguiente dato: las remesas de utilidades netas provenientes de inversiones extranjeras aumentaron en el período 1961-68 alrededor de 50%, y las correspondientes a intereses, regalías y asistencia técnica, alrededor de 120%; esto es, la industria manufacturera más que triplicó el valor de sus pagos por transferencia tecnológica, pasando de 225 millones a 770 millones de dólares durante el período considerado. *Alfonso Ayensa*.